

III. JUDAÍSMO Y CRISTIANISMO ANTE LA BIBLIA

LA BIBLIA EN LA CONFIGURACIÓN DEL JUDAÍSMO

MIGUEL PÉREZ FERNÁNDEZ

Comoquiera que ésta es una mesa redonda, me limitaré a señalar algunos puntos históricos, existenciales y teóricos de la vida judía, y a formular preguntas que provoquen una discusión y aclaración con los colegas participantes en esta mesa (que hablan sobre *La Biblia en la configuración del Cristianismo y en la Teología*) y con los asistentes¹.

1. Yo no creo que se pueda decir que la Biblia *define*, ni en teoría ni en la práctica, la vida del cristiano. La vida cristiana está definida por los sacramentos, o yendo a la misma fuente, por el Espíritu que nos hace presente a Jesús en los sacramentos y en las circunstancias de nuestra vida. La Biblia es para nosotros revelación culminada en Jesús. Jesús mismo se presentó como la nueva Torah y se atribuyó prerrogativas que el judaísmo de su tiempo reconocía sólo a la Torah²: Jesús es para los cristianos una Torah no escrita sino viva. Pero ni el «Jesús escrito» es para el cristiano el Jesús total. Juan, en el cierre de su Evangelio, deja ver la limitación de lo escrito: «Muchos otros signos hizo Jesús ante sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre». Así pues, la primera cuestión que yo planteo a mis colegas es sobre la insuficiencia de la Biblia Cristiana y del Jesús Escrito: ¿es así?; ¿cómo se suple esta insuficiencia?

1. Sirvan como orientación bibliográfica para el tema las siguientes obras: N. DE LANGE, *Judaísmo*, Riopiedras, Barcelona 1996; H. KÜNG: *El Judaísmo. Pasado, presente, futuro*, Trotta, Madrid 1993; M. PÉREZ FERNÁNDEZ, «Judaísmo. Cómo nace, qué propone y cómo se encuentra en la actualidad», en *El fenómeno religioso ante el s. XXI*, ed. Miguel Mellado Carrillo, Murcia 1997, 61-71; G. SCHOLEM, *Conceptos básicos del Judaísmo. Dios, creación, tradición, salvación*, Trotta, Madrid 1998; L. SUÁREZ, *Los judíos*, Ariel, Barcelona 2003; J. TREBOLLE, *El Judaísmo moderno*, Fundación Santa María, Madrid 1996.

2. Cfr. mi artículo «Oral Traditions of Mishnah in the Gospels», en *The Encyclopaedia of Judaism*, vol. V, supplement two, Leiden-Boston 2004, 2124-2136, donde recojo numerosos ejemplos.

2. Os cuento mi experiencia en Abanilla, un pueblecito de Murcia donde fui párroco desde 1970 a 1972. Yo intentaba en mis homilías hacer ver que las historias del AT pertenecían a nuestra historia, que nosotros éramos la descendencia de Abraham, que Jerusalén es también nuestra patria, etc., etc. Yo pretendía hacer ver y sentir a mi parroquia que la «historia sagrada» era historia nuestra, nuestro pasado. La respuesta de la gente del pueblo era: «¡Jo, nos han mandao un cura que sabe cosas antiguas!». Era y es, sin duda, mucho más fácil hacer entender a nuestra gente la historia de los iberos, Viriato, los reyes godos, Don Pelayo y la reconquista, como propia, que la historia sagrada. Pero para un judío, la Biblia no es sólo historia «sagrada» o espiritual, sino también y realmente su verdadera historia: y no sólo su historia, es su literatura y su lengua y su espíritu, y allí está incluso su destino nacional. Repasemos, por un momento, una serie de datos básicos:

- a) La Biblia está escrita en la propia lengua hebrea.
- b) La Biblia comenzó a escribirse en la escritura antigua paleohebraica o cananea que adoptaron los israelitas al entrar en Canaán, y siguió en la aramea cuadrada actual. La paleografía y la epigrafía advierten la continuidad hasta el día de hoy.
- c) La Biblia es la historia de los orígenes de ese pueblo y la que le explica su razón de ser: reconstruir la unidad de las naciones después de los desastres que llevaron a la dispersión de Babel: Abraham será el padre de un pueblo en el que volverán a ser bendecidas todas las naciones.
- d) La Biblia es la historia de ese pueblo, sus esperanzas y sus fracasos.
- e) La Biblia es la más alta literatura de ese pueblo: su épica, su lírica y su sabiduría.
- f) La Biblia, sobre todo, es Torah: la ley de Dios, el regalo de Dios, la novia que Dios les da, para que la guarden, la amen, hasta mueran por ella.

La consecuencia de esto es que para el judío la Biblia tiene, de hecho, una incidencia y una singularidad que no la tiene para el cristiano. ¿Puede y debe el cristiano sentir la Biblia como su propia historia? ¿Hay que recuperar la historia sagrada? ¿Cómo?

3. Así pues, incluso el judío no creyente encuentra su identidad en la Biblia. Escribe Nicholas de Lange: «La clave de la identidad judía no debe buscarse en una definición abstracta sino en la historia. Lo que hace de los judíos un pueblo es en última instancia el sentido de *un pasado compartido*, una experiencia histórica común que da unidad a un pueblo que se encuentra en diversas partes del mundo aunque no les haya afectado de forma personal ni a ellos ni a sus antepasados. *Ser judío significa de esta forma el reconocimiento de estar vinculado a esa experiencia histórica.* La conversión al judaísmo se suele concebir en términos reli-

giosos, pero *la religión es sólo un aspecto de la identidad judía*. No se puede llegar a ser judío por el hecho de aceptar un conjunto de creencias religiosas, ni tampoco se deja de ser judío al perder la propia fe. Por eso, normalmente a los que se convierten no se les llama conversos sino prosélitos, un término que significa en su origen “inmigrante”. *Hacerse judío es esencialmente unirse a un pueblo*³. La Biblia define y determina al judío en cuanto le da su historia, su memoria, su identidad en el mundo.

4. Un dato muy importante y que da qué pensar: ¿cómo un pueblo sin patria, sin tierra, en la persecución, sin autoridad jerárquica constituida y sin un cuerpo de dogmas o doctrinal ha podido mantener la cohesión tras miles de años? Respuesta: Porque hay algo que nadie le ha podido quitar: su Biblia y su Tradición. Sociológicamente podemos hablar de judaísmo, en cuanto distinto del Yahwismo y del profetismo, cuando la experiencia religiosa de ese pueblo se plasma alrededor de un libro o conjunto de libros. Por eso decimos que la época persa y helenística es la época de la configuración del Judaísmo, la época de la Torah Escrita, uno de cuyos protagonistas principales fue ciertamente Esdras. La época romana es la que fija la tradición oral o Torah Oral: Misnah, Talmud y midrasim. En la interpretación rabínica clásica la Biblia siempre va acompañada de la tradición: «la tradición –en expresión de Aqiba– es la cerca protectora de la Torah»⁴. La tradición ha protegido a la Biblia y la Biblia ha configurado a Israel.

5. ¿Cómo el Judaísmo ha ido leyendo la Biblia a la luz de la tradición? Debemos considerar los diversos pasos que dentro del judaísmo se han ido dando en torno al texto bíblico para tomar conciencia de la historicidad de la tradición:

- a) En primer lugar la Biblia se ha ido creando desde una tradición y acompañada siempre de una tradición oral.
- b) Simultáneamente a la constitución del canon (la tinaja donde se guardan los rollos que *manchan las manos*) se produce la fijación del texto, que tiene lugar todavía en la época del templo, y es aceptada unánimemente por el movimiento rabínico posterior y es *el textus receptus* de la Biblia rabínica.
- c) Sigue el trabajo de los escribas o *soferim* para puntuar o marcar discretamente el texto ya consensuado con diversas señales que apuntan a determinadas interpretaciones a evitar o a tener en cuenta (*puncta extraordinaria*, *tiqqune soferim*, *nun* inverso, letras de escritura especial, etc.) y con el inicio de una incipiente vocalización lineal.

3. N. DE LANGE, *Judaísmo*, cit., 35.

4. Misnah, *Abot* 3,12.

- d) Los masoretas medievales completan el proceso de fijación del texto con la inmensa obra de vocalizarlo y «musicarlo» (tonos de cantilación), y anotarlo con observaciones minuciosas técnicas y tradicionales (*masora*).
- e) Este trabajo fundamentalmente técnico ha ido acompañado con el llamado midrásico o explicativo: en exégesis de tipo académico, en homilias litúrgicas, en traducciones accesibles y actualizadoras (*Targum*), en desarrollos populares. Todo este variado desarrollo midrásico del texto bíblico ha unido el texto escrito con la tradición rabínica, que se percibe como un todo indisoluble.
- f) Acabado el período midrásico, que se extiende hasta el cierre del Talmud de Babilonia (en torno al s. VIII), comienza el acercamiento científico y racionalista al texto; lo inicia Saadia Gaón y lo siguen los provenzales e hispano hebreos Menahem, Dunash ben Labrat, Rashi, Abraham ibn Ezra, Maimónides, etc. Es una exégesis que no se queda para una élite fuera de la Biblia, pues
- g) cuando comienza la modernidad, las Biblias impresas judías llevarán junto al texto, la masora, el Targum y los comentarios de sus clásicos: Rashi, Ibn Ezra, Qimhí y otros (compara con las ediciones científicas modernas). No se entiende la Biblia sin la tradición. La gran lucha medieval del judaísmo fue contra el caráismo que pretendía una Biblia sin tradición dejada a la libre interpretación. Esta guerra se adelantó en siglos a la que había de ver el cristianismo (Reforma y Contrarreforma).

6. Si atendemos a los lugares donde la unión de Biblia y Tradición se ha realizado, tenemos que pensar en el estudio de la Escuela o Academia, en la predicación de la Sinagoga, y en la enseñanza y vida del hogar. Si atendemos al espacio cronológico, tenemos que reconocer la celebración de las fiestas como momentos privilegiados para la unión de Biblia y Tradición: se revive la historia con el folclore y la liturgia de la tradición; así el *Shabbat*, *Pesah*, *Sukkot*, *Simhat Torah*, *Purim*, etc. Cuando con motivo de las persecuciones no haya ni academias, ni sinagogas, ni fiestas, el hogar se convierte en escuela y sinagoga donde leer y transmitir la tradición.

7. ¿Qué se entiende por tradición en el mundo judío? Es fácil sentirlo, pero difícil decirlo. Escribe Abraham Geiger, uno de los fundadores del Judaísmo Reformado: «La tradición es una fuerza que crece y cambia, que está siempre presente en el judaísmo como un agente invisible, como una cierta esencia ennoblecedora que nunca alcanza su completa expresión, pero sigue siempre actuando, transformando y creando. La tradición es el alma viva del judaísmo, es la hija de la revelación y tiene su mismo rango... La tradición, como la revelación, es una ener-

gía espiritual que está siempre obrando, un poder superior que no procede del hombre, sino que emana del Espíritu divino, un poder que actúa en la comunidad, elige sus propios ministros, se manifiesta por sus frutos cada vez más puros y maduros, y así conserva la vitalidad y la existencia misma»⁵. Es repetido incesantemente desde Mendelssohn (1729-1786) que el judaísmo no tiene una dogmática, *credo* u ortodoxia, sino que es «ortopraxis». Lo importante es la *halakah*⁶. En todo caso, es muy sorprendente la fidelidad y pervivencia del judaísmo, en medio de persecuciones y dispersión, sin haber tenido dogmática y jerarquía. De ahí el peso de la Biblia y la Tradición como elementos articulantes y referentes de la vida judía. Pero de ahí también la indefinición de la tradición, que sólo se deja perfilar por el Espíritu (Geiger), por una mayoría (Rabinos) y, siempre, por una referencia a la Biblia y una cadena de intérpretes (Misnah), y por unas costumbres (halakah y folclore).

8. La tradición es el elemento espontáneo que acompaña a la recepción del texto escrito, cuya eficacia necesita de actualización. Así se ha ido generando acumulativamente un conjunto de actualizaciones y debates, siempre vivo y en continua revisión, que constituyen el *corpus* de las tradiciones orales. La racionalización de este proceso se ha elaborado de diferentes maneras: La tradición oral como revelada a Moisés boca a boca en el Sinaí (y Moisés estudiando la Ley Oral)⁷, o la tradición como contenida ya en la Escritura y surgiendo de su fecundidad (Aqiba; cfr. anécdota de Moisés y Aqiba⁸). Escribe G. Scho-

5. Citado por N. DE LANGE, *Judaísmo*, cit., 46-47.

6. Pero también es cierto que intentos de una elaboración teológico-dogmática han existido. Baste pensar en la *Misneh Torah* de Maimónides y más en concreto en sus trece principios – *iqqarim*– o artículos de fe, que se presentan como un *credo*.

7. «Subió Moisés con las tablas y pasó cuarenta días en la montaña delante del Santo, bendito sea, como discípulo que se sienta delante de su maestro, leyendo los preceptos de la Ley Escrita durante el día y repitiendo los preceptos de la ley Oral durante la noche» (PRE 46,3).

8. «Cuando Moisés subió a lo alto [para recibir la Torah] se encontró al Santo, bendito sea, sentado tejiendo guirnaldas [o coronas] para las letras. Entonces habló así ante el Altísimo: Señor del mundo, ¿quién te retiene? [lo que significa: ¿Por qué no te bastan las letras tal como son, de forma que les tengas que añadir coronas, esto es, esos pequeños rasgos que se encuentran en algunas letras de los rollos de la Torá?] Y él contestó: Hay un hombre, que existirá tras muchas generaciones, de nombre Akiba ben Yosef; él será el primero que proclamará un fin de doctrinas sobre cada una de estas pequeñas tildes. Rogó: Señor del mundo, muéstrame lo. Date la vuelta, contestó el Señor. Y fue y se sentó detrás de la octava fila [de discípulos de Akiba]. Pero no entendió nada de lo que explicaba. Entonces decayó su ánimo [es decir, quedó confundido porque no era capaz de seguir las explicaciones sobre la Torah que él mismo había entregado]. Pero cuando el maestro llegó a un punto en que los discípulos le preguntaron de dónde sabía él aquello, les contestó que era una doctrina entregada a Moisés en el Sinaí. Con esto se tranquilizó su ánimo. Entonces Moisés se volvió al Altísimo, bendito sea, y habló ante él: Señor del mundo, ¿y contando con un hombre así, has entregado la Torah por medio de mi humilde persona? Él contestó: Calla, así está escrito en mi plan. A lo cual replicó: Señor del mundo, me has mostrado su saber de la Torá; muéstrame también su recompen-

lem (1998: 80): «El doctor de la Ley ya no concibe la revelación como algo singular, claramente perfilado, sino como algo infinitamente feraz que necesita ser cavado y excavado permanentemente»⁹ (cfr. *Abot* 5,22: «Vuelve y revuelve [en la Torah] porque todo está en ella»). Una característica fundamental de la concepción judía es la inclusión en la tradición incluso de las opiniones no aceptadas en su momento. Se sigue a Hillel, pero se conservan y se registran las opiniones de Sammai (cfr. *Erubin* 13b)¹⁰; y así resulta que Misnah y Talmud se presentan como un debate y contraste de opiniones, no todas aceptadas, pero todas registradas. La tradición, la Ley Oral, se ha entregado a los hombres y a ellos corresponde la concretización, que, por supuesto, es imperfecta, con aciertos y errores. Este como respeto de Dios a la autonomía humana en la actualización de la Ley Escrita, se deja ver en la famosa disputa de Eliezer (que en apoyo de su opinión aduce milagros y la *bat qol*) con los rabinos (que aducen sólo ser mayoría), que termina con estas palabras de Dios: «Mis hijos me han vencido, mis hijos me han vencido»¹¹. De estos datos y esta represen-

sa. Y el Señor habló: Vuélvete. Se volvió y vio cómo se pesaba su carne en el banco de carnicero [su carne fue rasgada por los tormentos del verdugo]. Habló delante del Señor: Señor del mundo, ¿ésta es la Torah y ésta su recompensa? Pero el Señor contestó: Calla, así está escrito en mi plan» (TB, *Menajot* 29b, según traducción y explicación en corchetes de G. Scholem). En realidad para Aqiba toda la tradición se encuentra implícita en la Escritura.

9. G. SCHOLEM, *Conceptos básicos del Judaísmo*, cit., 80.

10. «Dijo Rabbí Abba en nombre de Rabbí Samuel: Tres años disputaron la escuela de Hillel y la escuela de Sammai. Aquéllos decían: la halakah ha de decidirse según nosotros, y éstos decían: la halakah ha de decidirse según nosotros. Entonces se oyó una voz del cielo que decía: una y otra son palabras del Dios vivo, pero, con todo, la halakah ha de decidirse según la escuela de Hillel» (TB, *Erubin* 13b).

11. «En aquel día adujo el rabino Eliezer todas las objeciones del mundo; pero no se las aceptaron. Por lo cual él dijo: Si la Halakah es como yo digo, quiera confirmarlo este algarrobo. Y el algarrobo retrocedió cien codos de su lugar; muchos dicen: cuatrocientos codos. Le replicaron: De un algarrobo no se saca ninguna prueba. A lo que replicó: Si la Halakah es como yo digo, quiera confirmarlo este curso de agua. Y el curso de agua retrocedió. Le replicaron: De un curso de agua no se saca ninguna prueba. A lo que replicó: Si la Halakah es como yo, quieran confirmarlo las paredes de esta escuela. Y las paredes se inclinaron y amenazaban con derrumbarse. Mas el rabino Josúa las increpó y dijo: Si los doctores pelean entre ellos sobre la Halakah ¿eso a vosotras no os concierne! Por lo cual no se derrumbaron, en honor del rabino Josúa, pero tampoco se pusieron derechas, en honor del rabino Eliezer; y todavía hoy están torcidas. A lo que replicó: Si la Halakah es como yo digo, quieran confirmarlo desde el cielo. Y retumbó una voz del cielo y dijo: ¿Qué tenéis contra el rabino Eliezer? La Halakah es siempre como él dice. Entonces se puso en pie el rabino Josúa y sentenció [Dt 30,12]: Ella no está en el cielo. ¿Qué quiere decir que ella no está en el cielo? El rabino Jirmeia contestó: La Torah ya se nos ha dado desde el monte Sináí [y entonces ya no está en el cielo]. Ya no prestamos atención a ninguna voz del cielo, pues ya en el monte Sináí lo has escrito tú en la Torah [Ex 23,2]: Ha de decidirse por mayoría. El rabino Natán encontró al profeta Elías y le preguntó qué había hecho el Santo, alabado sea, en esa hora. Y él contestó: Él rezongó y dijo: Mis hijos me han vencido, mis hijos me han vencido» (TB, *BM* 59b).

tación se siguen unas consecuencias que sinceramente no sé si el judaísmo las ha sacado: que también nuestros errores y equivocaciones pertenecen a nuestra tradición. La tradición, como tarea que Dios ha dejado en nuestras manos, no es perfecta desde el principio, sino que va purificándose y corrigiéndose por generaciones. En el ámbito cristiano se suele decir que también la herejía pertenece a la tradición, y también que la heterodoxia es anterior a la ortodoxia.

9. Si la tradición fue puesta en cuestión por el caraísmo y la exégesis filológica en época medieval (Maimónides debe considerarse el gran conciliador del racionalismo exegético con la tradición), la crisis más radical habría de venir en la modernidad. Citemos sólo dos momentos: Baruch Spinoza (1632-1677) y, posteriormente, el movimiento de la Haskalah o ilustración (s. XVIII), promotores el primero de la libertad de pensamiento y el segundo de la asimilación al mundo occidental, dardos mortales directos contra la «tradición tradicional». Pero no menos extraña al judaísmo tradicional es la reacción opuesta del movimiento *hasídico*, vuelto a la mística, a la cábala y a un fervor carismático e itinerante, lleno de ingenuidad, de milagros y leyendas, y realmente escasamente bíblico.

10. Los movimientos posteriores, ya en los ss. XIX y XX, el judaísmo reformado, el ortodoxo y el conservador, vuelven a la tradición, a las costumbres judías, si bien con distinto acento. Hay que hacer una observación elemental. Estos esquemas o corrientes pueden resultar a veces muy elitistas o intelectuales. A la masa del pueblo pasan sin que siempre se tenga mucha conciencia. Pero es cierto que estos grupos están organizados y forman a los rabinos, líderes de las comunidades: la Yeshiva University de New York, o el Jewish Theological Seminary, o la Universidad de Bar Ilan o el Hbrew Union College, son instituciones académicas cuyos estudiantes reciben una muy marcada orientación. Por tanto, aquí tenemos instituciones que conviven dentro del Judaísmo y que están creando tradición y purificando su tradición, siempre en contacto con la Torah escrita.

11. Toda esta comprensión parte de una clara división entre Ley escrita y Tradición oral, la primera inmutable, canonizada (*scripta manent!*), palabra de Dios, la segunda siempre viva, corregible y adaptable, palabra de los hombres. Pero la reflexión teológica ha presentado la misma problemática a judíos y cristianos: La Palabra de Dios no deja de ser un antropomorfismo: ni como fonema (el hebreo, lengua sagrada de la creación) ni como escritura (la paleohebraica o la cuadrada aramea) ni como literatura (clásica bíblica o rabínica), puede atribuirse a Dios si no es como metáfora. La fonetización de la Palabra de Dios y la escritura de la misma son mediaciones humanas, por tanto tam-

bién ya tradiciones humanas. De muchas formas y eruditamente lo ha puesto de manifiesto la exégesis moderna. Las doctrinas cabalísticas (como los místicos cristianos) habían llegado ya a esta evidencia antes de toda desmitologización racionalista: la quintaesencia de la Ley es la Revelación del Nombre, que por otra parte es innombrable, por tanto, inagotable en nuestras mediaciones: toda la Biblia, la Torah, los Profetas y los Escritos, y toda la Tradición Oral no son más que intentos de ver a Dios actuando en nuestras vicisitudes, y así vamos nombrando a Dios tentativamente como el Justo, el Misericordioso, el Grande, el Eterno, el Omnipotente, etc.

12. De aquí que los judíos (como los cristianos) sólo con el recurso al Espíritu puedan justificar su revelación: la escrita y la oral. El texto citado de A. Geiger lo dice expresamente. La comprensión de la revelación en el judaísmo necesita, como en el cristianismo, recurrir a la inspiración.